1

Febrero, hace unos meses

Larry Gabler estaba allí tumbado, sangrando y respirando con dificultad. Con setenta y dos años, era once años menor que Abe, aunque en ese momento se lo habría puesto muy crudo a Matusalén.

—Tienes que volver a casa con Ruthie —le dijo él entre jadeos, mientras el sudor brillaba en su cerúleo rostro.

—Sí, sí —dijo Abe, al tiempo que se servía un copazo de la botella que había en su escritorio; la radio emitía sin parar el poco convincente reportaje de los histéricos corresponsales que intentaban articular lo que estaba ocurriendo en toda la ciudad de Nueva York, por no hablar del resto del mundo. Abe dio un tímido sorbo al whisky, antes de bebérselo de un trago y asomarse por la ventana para echar un vistazo al caos que reinaba debajo. Mientras observaba, tres taxis chocaron y el conductor de uno de ellos salió despedido por el parabrisas como si fuera un torpedo de carne. La gente se empujaba y se daba empellones, unos trepaban por encima de los otros, todos trataban de salvarse, *que se fueran a la mierda los demás.* El estruendo de los gritos y de las balas perdidas retumbaba en el cada vez más oscuro pasillo del edificio de oficinas, al tiempo que el sol se escondía por el oeste, más allá de Jersey. Mezclado con la habitual mugre de los montones de nieve acumulados en la acera, había un color nuevo: un rojo intenso, abundante, que los hacía parecer grandes cucuruchos de nieve ensangrentados.

—Ay, sí, estoy deseando bajar y mezclarme entre la multitud —dijo Abe.

La chica vagabunda que había traído a Larry renqueando estaba muerta de miedo. Estaba sentada, prácticamente catatónica, al otro lado del apelmazado sofá de la sala de espera. Era una joven y atractiva portorriqueña, posiblemen-

te de veintitantos, quizá fuese dominicana, Abe no estaba del todo seguro. Para él los jóvenes eran jóvenes, los viejos eran viejos y los hispanos eran hispanos. Larry soltó un chirriante gruñido y se tiró un estruendoso pedo, con la barbilla apoyada en el pecho, mientras le sangraban las fosas nasales.

—Creo que tu amigo ha muerto —murmuró la joven latina.

—Ya estaba muerto cuando entró —respondió Abe—. Lo pude percibir en todo su ser. Cuando se llega a mi edad, la muerte es una de las pocas cosas que uno puede reconocer a simple vista.

Abe dirigió su mirada al pedazo de tela empapado en sangre que rodeaba la pantorrilla mordisqueada de Larry, los pantalones estaban hechos jirones. Se tomó rápidamente otro chupito de whisky y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó la chica.

—Tengo que hacerle una visita a Menachem Bender.

—¿A quién?

Sin dar más explicaciones, Abe salió de la oficina de la tienda de ropa de bebés Cutie-Pie y bajó a toda velocidad al vestíbulo en dirección al establecimiento de ropa masculina de tallas grandes Menachem Bender. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Bender, ¿estás ahí? —Aporreó la puerta varias veces, haciendo vibrar el cristal esmerilado en el que aparecía grabado el nombre y el logotipo de Bender—. Bender, vamos, soy yo, ¡Abe Fogelhut! ¿Estás ahí? —No hubo repuesta. Abe inspeccionó el vestíbulo, antes de dar un codazo y sacar del marco el panel que estaba suelto, provocando que el cristal cayera al suelo de linóleo haciéndose añicos. Con cuidado de no cortarse, abrió la puerta, sintiendo el angustioso estremecimiento que le provocaba el hecho de invadir el negocio de su vecino, así como un intenso y paralizante miedo—. ¡Bender!

No hubo respuesta.

Abe echó un rápido vistazo a la oscura habitación, entonces entró, encendió los tubos fluorescentes que había en el techo y estos comenzaron a emitir zumbidos de protesta. Un somero repaso a los libros de contabilidad de Bender hizo evidente que Cutie Pie no era el único establecimiento del sector textil que experimentaba un pésimo trimestre.

—Vaya —suspiró Abe—. Mi más sentido pésame. —Abe rodeó el escritorio en dirección al almacén y casi tropieza con el cadáver de Bender, quien empuñaba una .38 en su mano de blancos nudillos. La pared y el suelo adyacentes se encontraban salpicados de fragmentos de cráneo y cerebro. Abe se tapó la boca con la mano y entonces la bajó, al caer en la cuenta de que ni iba a gritar ni a vomitar. Solo negó con la cabeza y abrió el almacén,

al tiempo que repetía sus anteriores condolencias. Al encender la luz, se permitió esbozar una sonrisa.

—Perfecto —dijo, al ver los montones de ropa de invierno para excursionistas de talla grande que habían quedado sin vender.

Momentos después, volvió a Cutie Pie para encontrarse con Larry inclinado sobre la latina y devorándole las entrañas con avidez. Abe regurgitó lo que tenía en el estómago, lo que le abrasó la garganta al pasar. Larry ni siquiera apartó la mirada de su festín, aún espasmódico, cuando Abe, feliz de haber recuperado el revólver de Bender, vació el cañón en su compañero, ahora convertido en zombi. El quinto disparo hizo saltar por los aires la parte superior del cráneo de Larry, quien cayó sobre los restos de la chica. Abe escupió bilis al suelo, dio un trago a la botella de Cutty Sark, se enjuagó la boca con él y volvió a escupir.

—Muy bien —dijo, fingiendo la mayor tranquilidad posible—. Muy bien.

Se limpió la boca con su pañuelo, cogió un cúter y abrió una de las numerosas cajas de la colección de bodies de invierno para bebés de la marca Baby Sof' Suit® que no se habían vendido.

—Muy bien —repitió—, ha llegado la hora de la redención.

Con su metro sesenta y cinco de altura y su cintura de setenta y seis centímetros, Abe se puso un peto de la talla XXXL de Breathable Sub-zero Shield® Sooper-System™, un mono de caza con doble aislamiento para los gorditos a los que les gusta darse caminatas por los bosques para disparar a bichos indefensos. Dejándose el peto bajado, Abe comenzó a rellenarse las perneras con bodies, desde los tobillos hacia arriba. Tras alcanzar la máxima densidad, se lo subió, tiró de la parka de camuflaje a juego y la rellenó con más bodies. Con la capucha ceñida alrededor de su bufanda y un par de gafas para la nieve, Abe se parecía a Papá Noel preparado para la lucha.

—Muy bien —repitió, esta vez con un tono más apagado—, hora de volver a casa.

Julio, en la actualidad

Tumbado boca arriba, Dabney permanecía despierto al aire libre. El cielo, sin estrellas, era como un bloque de pizarra, y tampoco había nubes que diferenciaran la opaca penumbra que reinaba en las alturas, aunque no se trataba de una oscuridad total, sino de algo grisáceo y sin vida. Sería agradable que se vieran estrellas, quizá la luna, lo que fuera, sin embargo, no había nada, nada de nada. ¿Cómo podía ser posible? Quizá estuviera perdiendo la vista.

Debajo de él, la tela asfáltica pintada en plata estaba abollada y aún caliente, al continuar reteniendo el calor diurno. Él palpó la textura con sus gruesos dedos, que estaban tan arrugados y despellejados como el resto de su piel, achicharrada por el sol de pasarse la vida allí en la azotea. *Que los demás se pudran en sus apartamentos*, pensó. *Yo prefiero pudrirme a los ojos de Dios*.

Dabney se tocó la frente, se arrancó una tira de piel y la presionó contra su lengua, mientras saboreaba la acre salinidad de ese sucedáneo de cecina, fino como el papel. Se dejó el pellejo en la boca durante un rato, antes de salivar lo suficiente para poder tragársela. Sabía que su comportamiento estaba siendo asqueroso, pero ¿y qué? Se estaba demostrando a sí mismo qué sentidos podía estimular. El gusto; comprobado. El tacto; comprobado. La vista; negativo. ¿El oído? Todo lo que lo rodeaba estaba en silencio, así que Dabney forzó un eructo ácido. Comprobado. ¿El olfato?

Olfato.

El olfato había sufrido demasiado en los últimos meses y, aunque tampoco se podía decir que dicho sentido hubiera sido nunca su fuerte, la atrofia de este podía considerarse como una especie de bendición, dadas las circunstancias. Así que, por el momento, tres de cinco. La mañana llegaría y la vista volvería pronto a formar parte de la lista.

Cuatro de cinco.

No estaba mal.

—Dios, hasta el más mínimo movimiento me pondría contento. Movimiento. Contento. Una leve brisa me traería una sonrisa, mientras se desliza sin prisa por debajo de mis sisas y alivia mi… mi… Joder. Ya no me sale.

Tras terminar el juego de rimas, Karl se colocó de costado, el colchón en el que había estado tumbado estaba húmedo debido al sudor, un fluido que no podía permitirse perder. Karl miraba a la pared, o al menos en su dirección. Estaba tan oscuro que no podía verla, pero estaba allí, una fina capa protectora que lo separaba de ellos, aunque ni siquiera estaba pensando en los verdaderamente peligrosos, en letras mayúsculas, solo pensaba en los que estaban en el edificio, sus vecinos.

Todas las ventanas del apartamento 5B estaban abiertas, aunque nadie lo notaría, porque el aire estaba tan quieto que parecía un vacío. Karl inhaló profundamente, pero algo acumulado en el interior de la cavidad nasal le provocó un estridente silbido. Entonces comenzó a inspirar, espirar, inspirar, espirar, cambiando el ritmo e intentando olvidarse de su insomnio. Silbaba por la nariz un tema de pop prácticamente olvidado, cuya melodía le había

venido a la cabeza de repente desde lo más profundo del subconsciente. ¿Qué tema era ese? Más tarde, se puso a tararearlo sin letra, aunque la tenía, de eso se acordaba. En ese momento, eso lo estaba matando. Cuanto más tarareaba, alargando las notas, menos podía concentrarse en la letra, realmente lo estaba matando, bueno, en realidad no, pero tampoco le servía de gran ayuda.

Pesar como cuarenta y cinco kilos sí que lo estaba matando.

Estar deshidratado sí que lo estaba matando.

La falta de sueño sí que lo estaba matando.

El repetido soniquete era sencillamente enervante.

Con crujidos internos que ponían en entredicho sus veintiocho años de edad, Karl dejó caer sus piernas por un lado de la cama y rozó con los dedos los tablones de madera desnudos, los cuales estaban tan calientes como todo lo demás. ¿Qué clase de mundo era ese en el que hasta el suelo estaba caliente? Se suponía que los suelos eran fríos al tacto, incluso en verano.

Antes de salir de la cama, Karl buscó a tientas las cerillas en la mesita de noche. Aunque no le gustaba la idea de encender una y añadir todavía más calor, a pesar de que este fuera mínimo, era todavía más reacio a golpearse los dedos de los pies o a tropezar con algo. Después de haber vivido en ese apartamento durante los últimos años, era de esperar que conociera el terreno, incluso sin poder ver nada, pero no era el caso. Su sudorosa palma dio con la carterita de fósforos y Karl encendió uno, cuyo brillo lo cegó durante un momento, a medida que sus ojos se adaptaban a ese diminuto haz de luz en medio de la más absoluta oscuridad. El pequeño y titubeante fuego dio con la mecha ennegrecida de una de las velas y la encendió, provocando un foco de brillo con una reconfortante incandescencia.

Karl tenía muchas velas, regalos de su madre, sus tías, su abuela y sus antiguas novias. Tenía incluso de compañeras de trabajo, la gilipollez del juego del amigo invisible. ¿Qué les pasaba a las mujeres con las velas? Cuando se las regalaban, fingía que le gustaban y luego las metía en una caja que guardaba en un armario, aunque en ese momento se alegraba de tenerlas, con la excepción de las aromáticas. Había aprendido la lección por las malas. Los aromas frescos, afrutados, acanelados y a flores hacían renacer su aletargado sentido del olfato, se trataba de unos olores olvidados que despertaban sus receptores olfativos, lo que a su vez intensificaba la repugnancia del insoportable tufo de la putrefacción de la calle. Solo hizo falta una vela con aroma a manzana para aprender la lección. Había encendido la mecha y disfrutado durante un momento del delicioso buqué, antes de vomitar por el penetrante hedor del incesante desfile de seres putrefactos al aire libre.

Así que, nada de velas aromáticas.

Con la luz, Karl pudo distinguir la decoración de su dormitorio, los pósteres de la pared (Kiss, Slipknot, Metallica, Judas Priest, Ozzy, Motörhead, Korn) le proporcionaban tranquilidad, aunque ninguna de esas bandas era la responsable de la dichosa melodía que en ese momento no dejaba de repetirse en su cabeza. ¿Cuál era? Le resultaba conocida y desconocida a la vez. Era una melodía en cierta forma bonita y molesta al mismo tiempo.

Karl recorrió con la mirada el Muro de la Belleza, un auténtico tapiz de fotos de chicas de calendario, páginas desplegables, recortes de revistas y lo que más le gratificaba a nivel personal (aunque en ese momento, en retrospectiva, tan sentimental que daba pena), las fotos Polaroid de los viejos tiempos en los que todavía «se comía algún rosco» y, en ocasiones, lograba convencer a sus conquistas para que posaran desnudas para él. Cuando todo era diferente, había sido discreto y guardaba esas fotos en un lugar privado, pero ¿y en ese momento? En ese momento estaban siempre a la vista.

Karl se levantó de la cama y arrastró los pies hasta llegar a la pared. La parpadeante luz de la vela provocaba que las imágenes parecieran estar contoneándose, y aunque había cierto movimiento en sus partes bajas, era insuficiente para el autoerotismo. ¡Erotismo! Vaya una falacia. ¿Hay algo menos erótico que hacerse una paja frente a un altar de representaciones bidimensionales de carne núbil?, ¿o de cualquier carne?, en este caso, ¿de carne muerta? Todas estaban muertas, o eso pensaba él, al menos; entonces, ¿constituía un acto de necrofilia el hecho de masturbarse con esas fotografías de bellezas? En los viejos tiempos, una de las estrellas del porno favoritas de Karl se suicidó y, a consecuencia de eso, el descomunal alijo de vídeos en los que ella aparecía se convirtió en algo odioso para su libido, así que se los regaló a un amigo menos preocupado por… ¿cómo decirlo?, ¿el sentimiento?, ¿la conciencia?, ¿la ética?, ¿la empatía? o sencillamente ¿la decencia de toda la vida?

La decencia parecía una virtud pasada de moda, por lo que, cuando podía recobrar energías, les daba unas palmaditas en el trasero a las señoritas muertas. ¿Acaso las había de otra clase?

Karl recorría con las puntas de los dedos algunas de sus fotografías favoritas. Chicas de piernas largas, anchas de caderas, cinturas de avispa, y todas ellas con ojos tentadores. Lo más preciado era su foto Polaroid de Dawn-Anne McCarthy, el amor platónico de su primer ciclo de secundaria. Se había encontrado con ella, años después de graduarse, en la cola de una tienda de la ciudad. Su antiguo desdén por él en el instituto había desaparecido y algunas semanas de ensueño satisficieron todas y cada una de sus fantasías de adolescente con ella, aunque en el caso de algunas, su mente pubescente había sido demasiado inexperta para tan siquiera evocarlas.

Hasta que la jodió, claro está.

—Eras la mejor, cariño —le dijo Karl, mientras rozaba con la punta de su dedo índice el sedoso centro del sexo de Dawn. Él suspiraba con una melancolía manifiesta, aunque tampoco es que hubiera nadie que fuera a notarlo ni a darle consuelo—. Eras mi Everest.

Karl se puso colorado de vergüenza ante sus cursilerías, luego levantó su mirada hacia el techo y pensó en subir a la azotea. Probablemente allí hiciera menos calor, quizá corriera algo de aire. Más tarde se acordó de Dabney y lo reconsideró, así que volvió a la cama, apagó la vela y se enroscó de costado en el borde, en un intento por no tocar la zona húmeda.

Que estaba caliente.

—¿Estás dormido?

Al otro lado del vestíbulo, en el apartamento 5A, Ruth Fogelhut le daba un golpe a su marido de cuarenta y seis años en unas costillas tipo xilófono con una mano similar a la garra de una gallina, mientras sus afilados dedos arañaban la translúcida epidermis de este, dejando tras de sí unas marcas de color rojo escarlata, aunque tampoco es que fuera a verlas nadie con esa oscuridad.

—¿Quién puede dormir aquí? Sobre todo… —pausa para un ligero ataque de tos seca— cuando te pasas la noche torturándome. ¿Dormir? ¿A qué llamas tú dormir? Debería tener la suerte de poder dormir. Hasta una pesadilla sería preferible a tu constante coñazo.

—No es necesario que seas tan desagradable, Abraham.

—¿Se supone que eso es para reprenderme, «Abraham»? ¿Crees que soy un niño de cinco años y que decir mi nombre completo es un castigo que voy a tolerar? Abe, Abraham, llámame como te dé la real gana. Puedes llamarme Ismael, me tiene sin cuidado. Dormir, dormir es un bonito recuerdo.

—Te llamaré mierda, ¿qué te parece eso?

En la oscuridad, Abe esbozó una sonrisa triunfal. Durante toda su vida, Ruth nunca había sido dada a decir tacos, una vulgaridad así era indigna de ella. Las palabrotas eran para el pueblo llano, la plebe, pero sin las necesidades básicas, como son la comida, el agua corriente, la electricidad, la higiene, etcétera, hasta Emily Post podría llamarte chupapollas durante la cena.

—Lo siento, Abe. Abe, ¿está mejor así? —La voz de Ruth era ronca y lastimera, parecía provenir de alguien no del todo humano, como si tuviera los huesos de cascabel y la boca reseca, como si fuera algo momificado y parco, pero no te lo pierdas, es que en realidad no era del todo humana.

Ruth, la que una vez fuera una réplica exacta de Ruby Keeler de joven, con unas curvas que quitaban el hipo, era en ese momento un arrugado saco de huesos, prácticamente calvo y con unos cráteres como hueveras alrededor de sus legañosos y apagados ojos verdes.

—Abe está bien —contestó este en voz muy baja. ¿Por qué alzar el tono de voz? Ya no había ruidos con los que tener que competir, como el tráfico y los aviones que surcaban el cielo estruendosamente, ya no se oían los gritos de los niños ni de las víctimas de los atracos, ni a los clientes broncas del bar situado en diagonal con respecto a su apartamento. Ya no había coches tuneados con sus estridentes equipos, cuyos bajos eran tan intensos que se podían sentir en el colon. Tampoco se oía el molesto escándalo de los camiones de la basura, ni el estruendoso rugido del triturador, ni el impacto y sonido metálico de las latas vacías al ser arrojadas al suelo, ni tampoco las bromas inarticuladas de los empleados del servicio de recogida de basura. ¿Quién podía pensar que iba a echar de menos toda esa mierda?—. Abe está bien —repitió, con la intención de tranquilizarse tanto a sí mismo como a Ruth. Parecía más recomendable hablar de sí mismo en tercera persona, como si no fuera del todo real, porque la realidad daba asco. *Abe no está bien*, pensó él. *¿Quién coño está bien con los tiempos que corren?*

—No puedo dormir.

—¿En serio? —preguntó el anciano, el sarcasmo comenzaba a volver paulatinamente, desbancando su miserable intento por mostrarse tierno—. Podrías tirarme al suelo con una pluma. —El hecho era que cualquiera de ellos podía ser abatido por una pluma, y no especialmente grande. Eran dos esqueletos con una pizca de carne mustia unida por una decrépita membrana, que yacían juntos en un desvencijado sarcófago.

Un piso más abajo, en la cuarta planta, con la oreja pegada a la puerta del 4B, Ellen Swenson se tapaba con fuerza la boca con la mano, reprimiendo las ganas de llamar a su marido, Mike, quien dormitaba a ratos tras la puerta, que se encontraba abierta en ese momento. Ellen había colocado su chancla izquierda entre la puerta y la jamba y había caminado de puntillas por el estrecho pasillo para escuchar a hurtadillas. Mike no se creía las afirmaciones de su esposa sobre sus vecinos, los deportistas, los exdeportistas. Eran chicos normales, engullidores de cerveza, jugadores de hockey, bravucones, republicanos, en definitiva, chicos corrientes de los que dan voces. Eran unos tipos masculinos y amantes del deporte, a los que les gustaba salir de juerga con los amigotes, pero debido a su extremada superficialidad, a Ellen le parecía que

tenían un halo de misterio. El argumento de Mike, (gracias, Freud), era que a veces un puro es solo eso, un puro, pero Ellen no se lo tragaba. Habiendo apartamentos aún vacíos, ¿por qué habían decidido vivir juntos al llegar allí? Sencillamente, ella le daba vueltas a todo.

Ellen tenía una teoría y necesitaba pruebas, algo que le servía de entretenimiento cuando sufría de insomnio, que era casi siempre, sobre todo desde que las noches se habían convertido en interminables. No había luz ni entretenimiento ni las diversiones convencionales, así que Ellen se las ingeniaba para distraerse sola. De pequeña, había sido fan de Nancy Drew, Encyclopedia Brown e incluso de Scooby Doo, por lo que aquella chica entrometida descubriría las tretas de los deportistas, aunque le fuera la vida en ello, porque si eso no la mataba, lo haría el aburrimiento.

La ventaja de un mundo prácticamente silencioso era que las paredes oían, algo que a veces resultaba un inconveniente, aunque en ese momento no fuese el caso. *Deben estar en el salón*, supuso Ellen. Sonaban cerca, muy cerca, como si estuvieran al lado de la puerta, aunque el sonido puede tenderte una trampa en la más absoluta oscuridad. Lo único que deseaba era oír algo comprometedor con lo que poder jactarse frente a Mike, demostrándole que tenía razón.

—Ni siquiera sé por qué te hago caso, Mallon —oyó decir a Eddie. Ellen imaginaba que Eddie era el líder. Daba más voces y parecía más temible, por lo que Ellen le tenía miedo. El pálido, pelirrojo y pecoso de Dave solo la molestaba—. Nunca tienes razón.

—Tío, ten cuidado con el agua.

—*Vaffanculo*, colega. No te preocupes tanto por mí. —Eddie lanzó violentamente la jarra que había en la encimera para dejar claro su dominio, caso cerrado—. Qué jodidos los gilipollas del otro lado del pasillo —dijo con brusquedad—. ¡Putos Swenson!

Al oír su apellido, Ellen se puso nerviosa.

—Deberíamos meterle una somanta de hostias a Mike y llevarnos a su mujer para convertirla en nuestra esclava sexual. Aquí solo hay dos putas mujeres…

—¿Y qué pasa con Gerri?

—Aquí solo hay dos putas mujeres, una tiene como noventa años y la otra está casada y es monógama. ¡Putos monógamos! De todas formas, ¿qué clase de egoísmo de mierda y pasado de moda es ese? ¿Los judíos no lo compartían todo en los kibbutz esos? Mira, no hay vuelta de hoja, te lo aseguro colega, esto es una mierda.

—Oye, relájate —le reprendió Dave en voz baja—. Las paredes oyen, ¿sabes?

—Me importa un carajo —bramó Eddie—. Que lo oiga, que lo oigan los dos. ¡Oye, Swenson, me hago pajas pensando en la zorra de tu mujer!

Tras oír eso, a Ellen se le anudaron las entrañas, ya no tenía ninguna gracia y, aunque ni Dave ni Eddie eran los robustos gigantones que una vez fueron, los dos seguían siendo imponentes. Mike y ella no tendrían ninguna posibilidad frente a ellos en una confrontación física. Esclava sexual. Cuando Ellen comenzó a temblar, Eddie soltó una estruendosa y maléfica carcajada.

—Solo estoy de coña, Dave, relájate.

Sí, claro, relajarse. A pesar del sofocante calor, a Ellen se le puso la piel de gallina, mientras un sudor frío le recorría la frente. Como un ciego de una película de cine mudo, extendió los brazos, volvió a tientas a la puerta de su apartamento, se metió en él y dio tres vueltas a la llave por si Eddie no estaba «solo de coña».

Alan se masajeó las sienes y se quitó las gafas, que estaban rayadas y manchadas de sudor y sebo. Su «zona T» había estado haciendo horas extras y sus cejas dejaban manchas translúcidas en los cristales. Las velas parpadeaban, lo que aumentaba la ya sofocante temperatura, pero ¿qué podía hacer si no podía conciliar el sueño, sino tumbarse allí y mirar hacia el tenebroso vacío? No le apetecía pintar, así que leer era lo único que le quedaba por hacer, ya que no había televisión ni internet. Todas las baterías estaban gastadas, por lo que tampoco podía usar el Walkman ni el iPod. La música era solo un dulce recuerdo, junto con las comidas regulares, las lujosas y prolongadas duchas, las películas… joder, todo.

Alan continuó frotándose y sintió cómo su pulso latía con fuerza por debajo de la finísima capa de dermis que se extendía sobre su cráneo. Pensó en sumergirse en sus cada vez más escasas provisiones de ibuprofeno, paracetamol y aspirina de marca genérica. Tenía la vista cansada. Su madre siempre le había advertido que se estropearía los ojos por leer con una luz inapropiada, también le aconsejaba que no se sentara demasiado cerca de la televisión, un consejo que en ese momento era discutible. Le apetecía seguir leyendo, era un libro tan bueno que no lo podía soltar. Su padre solía darle charlas acerca de que malgastaba su mente en porquerías y le pedía con insistencia que leyera a los clásicos para ampliar sus horizontes y refinar su mente, pero Alan persistía en la lectura de bodrios. A Alan le gustaba el escapismo, incluso cuando las cosas seguían yendo bien, pero ahora este constituía su único lujo. Su colección de novelas de ciencia ficción y policíacas valían su peso en oro. Olvida eso; el oro ya no servía para nada, eran

más valiosas que dicho metal. *Lo siento, papá. Es probable que Chaucer o Dickens o Goethe o Balzac o Sartre o quienquiera que fuera me hubieran convertido en mejor persona, resulta difícil saberlo, pero en este preciso momento seré yo quien lleve las riendas de mi fantasía, muchas gracias.*

Por otro lado, había dejado que los libros de terror se pudrieran en la estantería.

El dolor en las sienes se extendió hasta la mitad de su cabeza, llegando al puente de su nariz, el martilleo era incesante, insistente e insufrible. Pasó de masajearse los lados de la cabeza a la zona entre los ojos. Iba a tener que dejar de leer para sumergirse en su oscuro insomnio, porque, en realidad, no quería medicarse. Alan se chupó las puntas de los dedos y pellizcó las velas para apagarlas.

Volvió a desplomarse en el colchón. Le picaba la cara, ya que aún no se había acostumbrado a su poblada barba, pues no dominaba el arte de afeitarse en seco. Desnudo, sudoroso, peludo y ciego hasta la llegada del sol, la cabeza le reventaba y el hedor le provocaba arcadas. Alan pulsó el botón del reloj digital y el diodo electroluminiscente anunció que eran las tres y veintisiete de la madrugada. Faltaban aproximadamente dos horas para que amaneciera, toda una eternidad. Mientras se rascaba y se retorcía, se quedó dormido, la única persona que lo había logrado en todo el edificio.

Una planta más abajo, situados por encima de la abandonada y tapiada lavandería Phnom Penh, los apartamentos 2A y 2B estaban libres, pues nadie quería vivir tan cerca de la calle, además, el 2B traía muy malos recuerdos.

2

La oscuridad comenzó a desaparecer y la habitación adquirió un oscuro y horrible tono lavanda azulado, como si las paredes estuvieran amoratadas, lo que anunciaba el comienzo de un nuevo día. Ellen estaba tumbada de costado. Había apartado la vista de las ventanas de dos hojas situadas junto a la cama para observar el cambio de color de la pared. El violeta estaba desapareciendo, sustituido por un ocre ictérico, el cual, a medida que el brillo aumentaba, iba perdiendo pigmentación. Al final, todo adquirió un tono hueso apagado, mientras el intenso brillo de la luz del sol acentuaba todas las imperfecciones de la pared: las grietas y los parches de masilla apenas disimulados por un trabajo de pintura de mala calidad. El hecho de que la pared tuviera marcas por debajo de la pintura le recordó a Ellen a su antigua jefa, una mujer con un cutis poco agraciado que se aplicaba una cantidad exagerada de base de maquillaje en un triste intento por ocultar sus imperfecciones. Sin embargo, lo único que conseguía era resaltar todos y cada uno de los hoyos de un rostro asolado por el acné, una topografía de problemas dermatológicos sin remedio. Un maquillaje excesivo era el equivalente femenino a un peluquín de mala calidad. Siempre que Ellen había visto a un hombre con un peluquín descarado, y la mayoría de ellos saltaban a la vista de una forma horripilante, había imaginado que no tendría mujer ni buenos amigos, a ver quién iba a permitir que un marido o un amigo se presentaran en un lugar público con un aspecto tan ridículo.

La pared estaba picada, ligeramente torcida y algo abombada en el centro. El edificio era antiguo, tenía casi un siglo, pero aún se mantenía en pie. Hacía un par de años, había leído en la revista *New York* que su bloque se encontraba justo al lado de una falla, por lo que era posible que cualquier día la tierra comenzara a vibrar y a temblar para acabar

tragándoselos a todos, aunque sería preferible a que lo hicieran esos monstruos.

Si la noche había sido particularmente cálida, peor sería el día, si bien al menos podía ver, aunque tampoco se podía decir que el paisaje fuera una bendición del cielo. Por las noches, su campo de visión se reducía a una cortina negra como el carbón, a no ser que encendiera una vela. Podía acordarse de cómo era antes, cuando tenía algo de chicha sobre sus huesos y cierto tono muscular. Joder, recordaba con nostalgia los michelines que quería perder, pero solo por las noches, porque durante el día podía asimilar realmente el aspecto tan horrible que tenían, tanto ella como todos los demás. Habían llegado a tal punto que, si un recluso de Auschwitz viera ahora a los residentes del número 1620 de la avenida York, diría: «Maldita sea, vaya hijos de puta más enfermos y raquíticos».

O algo por el estilo.

Ellen comenzó a golpear a Mike en un surco que se había formado entre sus costillas hasta que, con gran esfuerzo, este abrió los ojos para mostrar unos globos oculares enrojecidos, amarillentos y mucilaginosos. Su boca, una fina zanja, ancha y reseca mientras dormía, se apretaba y se soltaba, al tiempo que las arrugas se extendían a modo de radios desde unos labios de color gris apagado que, en otros tiempos, habían sido rojos, regordetes y los más apetecibles del mundo. Su boca, a medida que trataba de articular las primeras palabras del día, se fruncía como un agrietado esfínter, parcialmente oculto por una barba rizada de varios días. Ellen seguía besando ese ojete arrugado que tenía por boca, aunque lo hacía de manera mecánica, era solo un triste gesto en honor a la antigua gloria romántica.

—¿Qué pasa? —La voz de Mike era tan áspera como el desierto de Gobi.

—Creo que deberíamos bloquear mejor la puerta. No sé, poner delante algunos muebles para que no pueda entrar nadie.

Con un esfuerzo considerable, Mike se sentó y se restregó los ojos y la nariz para quitarse las legañas y las costras.

—¿Y eso? —preguntó él con la voz ronca—. ¿Acaso crees que los que deambulan por las calles van a llegar aquí arriba? No lo han hecho desde aquella única vez y creo que está bastante bien…

—No es por ellos, sino por Dave y Eddie. Los oí hablando anoche y…

Mike le lanzó una avinagrada mirada.

—¿Bueno, qué? —dijo ella, al tiempo que cruzaba los brazos por delante de unos pechos como tablas que colgaban como un par de chuletas mustias. No eran los pechos turgentes de una exitosa madre trabajadora y urbanita de veintisiete años del Upper East Side, sino más parecidos a los

que aparecen en los artículos de las revistas acerca del hambre en Etiopía, Somalia o cualquier otro terrible lugar, el típico pecho que hace las veces de pista de aterrizaje para las legiones de moscas sin ni tan siquiera notarlo. Esas tetas venidas a menos habían amamantado a un bebé, habían sido grandes y sustentadoras de vida, abundantes y eróticas, algo que realmente alimentaba su ego. Sin embargo, en ese momento, no eran más que un par de peras mustias.

Se deja de ser madre cuando tu retoño muere, el retoño que fue tuyo en el pasado.

Todo formaba parte del pasado.

—Estás como una cabra —logró articular Mike—. ¿Si llegan a oírte ahí fuera quién sabe lo que te habrían hecho?

Ellen se había hecho una idea bastante clara, teniendo en cuenta el breve pero memorable despotrique de Eddie de la noche anterior. No creía que fueran capaces de violarla; pero si esos gilipollas de deportistas estuvieran algo más nutridos, viviría aterrorizada por ellos, sobre todo por Eddie. Es probable que su absoluta convicción de que se hubieran convertido en un par de muerdealmohadas no fuera tan incuestionable como pensaba, y perder la tranquilidad que tenía creyendo que solo empleaban su brutal carnalidad entre ellos tampoco mejoraba sus ánimos.

—De todas formas, prométeme que no vas a volver a hacer ninguna estupidez así.

—No ha sido una estupidez, Mike.

—Vale, no lo ha sido. Esto… una imprudencia. Una insensatez. Algo peligroso.

—Parece que te preocupe de verdad.

—Yo… —Mike comenzó a petardear como un motor Evinrude—. ¿Qué… yo… Claro yo… ¿Qué forma es esta de empezar el día?

Ellen se encogió de hombros, salió de la cama y se dirigió hacia la cocina.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —le preguntó a Mike, cuyo rostro parecía desencajado. Él parpadeó unas cuantas veces, asintió con la cabeza y ella salió del dormitorio. *Que sufra*, pensó ella. No tenía ningún motivo para atormentarlo, pero era su forma de matar el tiempo. Además, tendría algo por lo que tener que disculparse más tarde. Las horas se tenían que rellenar de alguna forma, así que ¿por qué no provocar una pequeña riña doméstica? El sexo requería mucha energía, además los dos estaban tan enjutos que había dejado de ser divertido. Sus huesos entrechocaban, sus flácidas pieles colgaban y desprendían malos olores, aunque también ayudaba a pasar el rato, lo que a veces era suficiente. Se habían leído to-

dos los libros y revistas. Ninguno de ellos tenía ninguna habilidad que valiera la pena explotar. Mike se había dedicado a la fotografía, pero ya no podía hacerlo y, en los viejos tiempos, ella escribía malos poemas, pero ¿para qué molestarse en hacerlo en ese momento? ¿Acerca de qué iba a escribir? ¿Del fin del mundo? Ese era un tema que ya estaba muy, pero que muy trillado.

En la cocina, Ellen se sirvió medio vaso de agua de una botella de quinientos mililitros de Kirkland Signature Premium, aunque su contenido no era ni por asomo de primera. Se trataba de agua de lluvia, y Ellen no podía recordar desde cuándo la tenían, solo sabía que habían rellenado una caja entera la última vez que llovió. La mujer volvió renqueando al dormitorio y, en ese momento, Mike se encontraba de pie junto a la ventana, mirando directamente al callejón del edificio vecino, situado a menos de tres metros de distancia. Las ventanas estaban desprovistas de cortinas y todas las habitaciones se encontraban a oscuras, faltas de vida. Solía haber vecinos escandalosos. Justo enfrente de ellos, vivía una pareja de latinos que atronaban con música de salsa las veinticuatro horas del día. Se drogaban descaradamente junto a las ventanas, fumando hierba y haciéndose rayas. Una vez, el tipo sorprendió a Mike espiándolos, entonces fingió un disparo con el dedo y soltó: «Pum, pum, pum», antes de guiñar un ojo y sonreírle mostrando una hilera de deslumbrantes dientes de oro.

Mike se asomó por la ventana y dirigió su mirada al callejón. Los rezagados que se habían separado de la manada arrastraban los pies de atrás hacia adelante, después de haber roto una puerta que alguien, probablemente a causa del pánico, había olvidado cerrar con llave. Mike carraspeó, provocando que dos de ellos levantaran la vista, y sus apagadas miradas se iluminaron al reconocer el delicioso bocado. Uno de ellos dejó escapar un leve, aunque audible, grito ahogado y comenzó a renquear en dirección a Mike.

—Ten cuidado —le dijo Ellen, cuando Mike asomaba medio cuerpo por la ventana, apoyándose en el estómago.

—Parece que te preocupe de verdad —le devolvió Mike, pero lo hizo con una sonrisa.

Ellen se acercó sigilosamente a su marido y le puso la mano en la espalda, al sentirse culpable por haberle tocado las narices sin motivo, sobre todo tan temprano. Al menos, podía haber esperado hasta después de su escaso desayuno.

—Te he traído el agua —dijo Ellen, levantando el pequeño recipiente de cristal, un viejo bote de mermelada con una foto de Huckleberry Hound.

Mike apartó las manos del alféizar y se enderezó, ansioso por beber y sin pensar en la hoja inferior de la ventana. Entonces, se golpeó la cabeza con ella y resbaló sobre los suaves tablones del suelo, lo que provocó que sacara el tronco por la ventana. Ellen dejó caer el vaso y trató de coger a Mike con las manos húmedas por el sudor y unos músculos atrofiados por la malnutrición. Llegó a agarrarlo por el bíceps izquierdo, pero se le resbaló y Mike cayó hacia delante, golpeándose su huesudo y desnudo culo contra la hoja, mientras sus piernas se movían como un molinillo ante la atónita mirada de Ellen. El único sonido que pudo emitir, al ver que su marido se caía por la ventana, fue un grito ahogado.

Después de tragar saliva, Ellen se dirigió a toda prisa hacia la otra ventana, la que tenía la escalera de incendios. Era posible que hubiera sobrevivido y que pudieran rescatarlo. Al abrir las cortinas, apareció la puerta de seguridad plegable. Miró el candado como si nunca lo hubiera visto antes. La puerta estaba allí gracias al antiguo inquilino, pero se trataba de un modelo que no estaba homologado por el cuerpo de bomberos. Además no podía recordar la combinación. Mike la tenía por algún dado.

En su ordenador portátil.

En su inútil e inservible ordenador portátil.

En ese momento, parecía que la sangre que corría por sus venas hubiera ralentizado su ritmo. Avanzó arrastrando los pies hacia la ventana por la que Mike se había caído. No quería mirar, pero lo que ella quisiera o no ya no tenía ninguna importancia. Asomó la cabeza, imitando exactamente la misma postura que Mike había adoptado hacía solo un momento. En el callejón de abajo, Mike yacía desparramado de espaldas, con sus largas y flacas extremidades en una postura casi cómica. Visto desde arriba, su marido parecía una esvástica humana. Sus piernas, flexionadas como si fuera a echar a correr, parecían sacadas de unos dibujos animados. Estaba bocarriba y sus miradas se cruzaron. No estaba muerto. Ellen abría y cerraba la boca, incapaz de decir nada. Quería gritarle unas palabras de consuelo, una última frase que Mike pudiera llevarse a la tumba. «Te he traído el agua» parecía poco adecuada.

Los zombis se aproximaban a su marido, arrastrando los pies. Ellen comenzó a castañetear los dientes, mientras Mike le imploraba con la mirada que dijese algo. Lo que fuera. Con gran esfuerzo, ella logró mover los labios para articular un mudo: «Te quiero». *Por favor, que se muera antes de que lo alcancen. Por favor.*

Debajo de la cabeza de Mike se estaba formando un charco de sangre, y Ellen cayó en la cuenta de que el cuello dibujaba un ángulo muy

extraño. Dado que la caída había sido desde un cuarto piso, se lo había partido. Yacía inmóvil. *Por favor, que se le entumezca todo el cuerpo, por favor, al menos que se ahorre el dolor.* Los ojos de Mike se humedecían a medida que perdían el foco. *Que pierda la conciencia.* El primero de los profanadores se encorvó y se puso de rodillas, enseñando los dientes. Al menos, Ellen no podía verle el rostro, pero sabía qué aspecto tenía. Su piel, áspera y cadavérica, estaba tan amarillenta como la de un pollo muerto desplumado y lo suficientemente translúcida como para mostrar unas venas de un apagado color ciruela. Tenía las encías ennegrecidas y deformadas, unos dientes enormes y los ojos vidriosos, si es que le quedaba alguno.

En el callejón resonó un alarido, a medida que atacaban con furia a Mike, arrancándole de los huesos la escasa carne que le quedaba con esos horribles dientes, clavándole las uñas y quitándole la piel a tiras. Ellen no podía moverse, se había quedado paralizada por el profundo dolor, mientras observaba a su marido, desmembrado. Con una habilidad ingénita, uno de ellos clavó sus dientes alrededor del hombro izquierdo de Mike, le arrancó el brazo de cuajo y comenzó a devorarlo, separándole a tiras la piel del hueso. Otro lo destripó, dando pie sin quererlo a que los demás le gorronearan su botín. Unos gruñidos bestiales acompañaban el frenético festín, mientras los monstruos se golpeaban entre sí, escarbaban y se movían en círculo como si fueran hienas. Desde la calle lateral, llegaron a trompicones más zombis al callejón, atraídos por el ruido y el olor a sangre fresca. En un breve espacio de tiempo, lo único que Ellen pudo ver fueron sus espaldas encorvadas sobre el lugar en el que yacía Mike. Ella clavó las uñas en el ladrillo que había debajo del alféizar de la ventana y comenzó a frotarlas contra el duro material, una especie de manicura rudimentaria. Las lágrimas provocaban que viera borroso.

—Te he traído el agua —volvió a decir, con un hilo de voz más delgado que su figura.

—Ellen —gritó una voz desde abajo—. ¡No mires! ¡Métete dentro!

¿Estaba Mike tratando de ahorrarle el sufrimiento? Era tan propio de él que, incluso en un momento así, tratara de proteger sus sentimientos. Sin embargo, sintió no poder darle el gusto, porque estaba paralizada. *Lo siento, Mike. Te pido perdón por todo.*

Para cuando consiguió librarse de su inmovilización temporal, lo único que quedaba de su querido y dulce Mike era una oscura mancha carmesí en la acera y algunos huesos pelados. Ellen arrancó los dedos de la argamasa y pensó en tirarse por la ventana, pero se lo pensó dos veces y se dejó caer

al suelo. Entonces, se abrazó a sí misma, sin lograr consuelo alguno de sus huesudos dedos y extremidades.

Exmadre.

Y ahora exesposa.

En la casa de al lado, oyó cómo Eddie gritaba algo ininteligible, y su tono, como de costumbre, era desagradable y no auguraba nada bueno.

Se había quedado sola.

3

—¡Abre la puerta, Ellen! —le imploró Alan.

Había subido las escaleras a toda prisa y en ese momento se encontraba aporreando la puerta del 4A. Era un nerviosismo que ni necesitaba ni deseaba, y él menos que nadie, pero no podía quedarse sentado en su apartamento y hacer como si nada hubiera sucedido. Había oído los alaridos del callejón y se había asomado justo a tiempo de ver cómo le arrancaban la cabeza a Mike, un espectáculo que esperaba que Ellen se hubiera ahorrado, aunque cabía la posibilidad de que lo hubiera presenciado todo. Él había levantado su mirada desde el suelo del callejón y había visto a Ellen apoyada en el alféizar, con unos ojos abiertos como platos dentro de sus holgadas cuencas. Aparentemente, Ellen no lo había oído. Él le había rogado que dejara de mirar, sin embargo, ella había sido testigo de cómo su marido pasaba de ser su media naranja a un bufé al aire libre, y ni siquiera eran las ocho de la mañana.

—¡Ellen, venga! —gritó Alan—. ¡Abre la puerta! ¡Por favor, Ellen!

Al otro lado del estrecho pasillo, se abrió la puerta del 4B y apareció Eddie, quien estaba de pie en la entrada con unos calzoncillos que le colgaban demasiado por debajo de su reducida cintura.

—¿A qué viene este puto escándalo? —preguntó, derrochando compasión, como de costumbre.

—Mike… —comenzó a decir Alan, antes de quedarse callado. Eddie se enteraría pronto, pero ¿por qué soplárselo? Si él y Dave no se habían enterado de la muerte de Mike, ¿qué motivo había para contárselo? Lo único que conseguiría con ello sería aumentar el acoso inicial dirigido hacia Ellen.

—¿Qué pasa con Mike? —preguntó Eddie, levantando una ceja.

—Nada, es que tengo que hablar con Ellen.

—¿Para qué?

—Dios mío, Eddie, ¿por qué no te metes en tus asuntos? Eres como una portera loca por cotillear. Me atrevería a jurar que, si todavía tuviéramos electricidad, estarías sentado en el sofá viendo telenovelas.

—No tengo ningún problema en partirte la boca, listillo —dijo Eddie gruñendo y moviendo un amenazante dedo—. Que no se te olvide, hablo en serio.

—Ajá, eso es fantástico —dijo Alan, con tono de aburrimiento e indiferencia.

—Te recomiendo que le pidas a Dios que no vuelva a ponerme cachas, maricón.

Alan esbozó una irónica sonrisa.

—Lo tendré en cuenta.

Y tras decir eso, Eddie cerró la puerta de un portazo. Hubo un tiempo en el que Eddie aterrorizaba a Alan, pero eso fue cuando pesaba unos veinte kilos más. En ese momento ambos estaban igualados. Bueno, la verdad es que Alan tenía algo más de chicha que Eddie, ya que era más organizado a la hora de hacer acopio de provisiones; mucho más, aunque tampoco había necesidad de que Eddie estuviera al tanto de ese dato. Alan trató de girar el pomo una vez más, antes de comenzar a traquetearlo, pero obviamente la puerta estaba cerrada con llave. ¿Quién iba a dejarla abierta con esos idiotas como vecinos? Transcurridos varios minutos, desde el otro lado de la puerta, se oyó cómo se abrían múltiples cerrojos, antes de que Ellen abriera una pequeña ranura, mostrando un rostro demacrado y aterrorizado.

—No sé qué decir —lamentó Alan, sintiéndose estúpido por haberlo dicho.

—Pasa, Al. —Ellen abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para dejarlo pasar, lo que pareció una formalidad, teniendo en cuenta que estaba demasiado delgada como para bloquearle la entrada. Ella llevaba puesta una camiseta ceñida sin mangas que acentuaban su delgadez, y sus venas del cuello eran tan pronunciadas que Alan tuvo que reprimir la insensata tentación de rasguearlas.

—He sido testigo de lo que ha ocurrido, pero al ver que no abrías la puerta he temido que hubieras cometido alguna locura.

Ellen se limitaba a mirar a Alan, con los ojos vidriosos debido a su profundo dolor. Entonces se dejó caer en una silla de madera del comedor y Alan pudo oír cómo su cadera golpeaba contra la dura superficie, un ruido que provocó que Alan hiciera un gesto de dolor, aunque ella no lo advirtió. Tras algunos segundos de silencio sepulcral, Alan apartó una silla de la mesa y se unió a ella, sentándose lenta y cuidadosamente, teniendo en cuenta la demostrada dureza de ambas superficies. Ya nadie tenía con qué rellenar su

pellejo. Los tiempos de «cuanto mayor sea el colchón, mejor se empuja» habían quedado atrás.

Los brazos de Ellen colgaban lacios a los lados y sus muñecas rozaban sensualmente el borde del asiento de la silla. Demasiados y complicados ángulos. Alan había deseado a Ellen cuando ella y Mike se trasladaron a vivir allí hacía seis años. Eso fue antes de que ella fuera madre, lo que no quiere decir que las mujeres que han tenido hijos ya no sean atractivas, sino que la maternidad era una institución sagrada, ¿no? Sin embargo, ¿acaso se seguía respetando algo? En cualquier caso, no estaba ahí para echar un polvo. Ellen ya no tenía trasero, pero había sido tan perfecto como una acampanada pera madura. ¿En qué estaba pensando Alan?

Era una locura.

En ese momento más que nunca, la vida de cada uno era un tesoro. Mike había sido importantísimo para Ellen, a pesar de las discusiones que Alan solía oír. Estaba hecho un lío. A Alan le caía bastante bien Mike y le parecía un buen vecino. En los viejos tiempos, incluso habían salido juntos por ahí. Los ratos que compartieron después no contaban, pues la capacidad de elección había desaparecido. Alan se dio un bofetón en la cara para apartar de su mente unos pensamientos que no conducían a nada, y el sonido hizo despertar a Ellen de su letargo.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó ella, un tanto horrorizada.

—Lo siento, mi mente no estaba funcionando de la forma adecuada, pero no es nada de lo que debas preocuparte. Estoy aquí para ayudarte, Ellen. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—No pasa nada, es que me ha parecido un poco extraño, aunque de alguna forma me ha servido de ayuda. Ver cómo te abofeteabas ha sido lo suficientemente chocante como para hacerme espabilar. —Ella se detuvo durante unos segundos, antes de añadir—. Mike ha muerto, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé, lo he visto. Te he estado llamando a gritos, intentando que dejaras de mirar, pero no sé si me has oído.

—Ah —dijo Ellen, mientras sus resecos labios esbozaban una leve sonrisa—. Eras tú. Pensaba que había sido Mike. La verdad es que estaba algo aturdida, pero ha sido muy considerado por tu parte, gracias.

Ellen parecía estar en la distancia, lo que podría haber sido más recomendable. Aunque Alan sabía que sus seres más queridos estaban muertos, se le había ahorrado gentilmente tener que presenciar cómo eran devorados. Sin duda, había visto morir a docenas de desconocidos a manos de esos desalmados, pero, gracias a Dios, a ningún miembro de su familia. Cuando Ellen, con la mirada perdida, demostró estar ensimismada en sus pensamientos,

los ojos de Alan recorrieron la cocina, la cual, al igual que las de todos los demás, estaba bastante vacía. Sus ojos vagaron sin rumbo por cada encimera, hasta que por fin volvieron a su anfitriona, súbitamente soltera. Alan trató de imaginársela cómo era antes, rolliza. Le había hecho algunos retratos a pastel, lápiz e incluso a tinta, por lo que tenía bien grabadas sus facciones en la cabeza, aunque resultaba difícil recordarlas y superponerlas a ese rostro acartonado y sin vida. Él había querido que posara desnuda, pero Ellen pensaba que, aunque se tratara estrictamente de un asunto profesional, Mike podría ponerse celoso, así que nada de flirteos con otros. *¿De qué coño servía ser un artista si no podías lograr que las chicas posaran en pelotas?*, se había preguntado Alan, pues dicha carrera no contaba con muchas más ventajas. Alan le había propuesto documentar su embarazo con algunos desnudos de buen gusto, pero la respuesta volvió a ser negativa, a pesar de que al principio le pareciera buena idea, lo que fue una verdadera pena. Sus pechos habían pasado de ser admirables a increíbles, en sus meses de embarazo, y después siguieron así durante bastante tiempo. Por entonces, él ni siquiera había visto su espalda desnuda, lo que hubiera sido una experiencia emocionante. Sin embargo, en los tiempos que corrían, la veía a menudo en diferentes estados de semidesnudez, y el espectáculo era penoso.

Aparte de la excepción de los Fogelhut, que era de agradecer, la mayoría de los residentes habían adoptado una versión algo más «progresista» de la idea de vestir de forma informal. El número 1620 de la avenida York era una residencia en la que vestirse o no era opcional. Sin embargo, ya fuera por hipocresía o por pudor, algo que parecía estar pasado de moda, Alan siempre iba vestido cuando visitaba a sus vecinos. No quiere decir esto que fuera por ahí pavoneándose como un dandi, con traje y corbata, pero al menos se dejaba los pantalones cortos y la camiseta puesta. Dejaba lo del naturismo para los demás.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó él, en un intento por permanecer anclado en el presente.

—¿Cómo? Ah, no, no. Solo quiero que te quedes conmigo.

—De acuerdo, me quedaré todo el tiempo que necesites.

—No, me refiero a que vivas conmigo, a que te quedes en mi apartamento. Vente a vivir conmigo.

Alan dirigió su mirada al rostro de Ellen, tratando de averiguar si lo decía de verdad. Tan verdad como que se llamaba Alan, como decía el refrán solía decir. Hubo un tiempo en el que esa proposición habría supuesto una respuesta a sus plegarias, pero ¿y en ese momento?

—¿Que me venga a vivir contigo?

—Sí, no quiero estar sola, sobre todo con esos neandertales como vecinos. Mira, yo amaba a Mike y Mike me amaba a mí, pero esta… no sé, esta es una época caótica. No puedo discernir lo que es lo correcto y lo formal, ni me quiero imaginar lo que dirán los vecinos: «Mira esa puta, ya está arrejuntada con otro». ¿Quién pensaría algo así, exceptuando a esos asquerosos de enfrente? ¿Te puedes imaginar cómo será mi vida si piensan que estoy… Dios mío no puedo ni decirlo, ¿disponible? Ay, Señor. A la mierda. En cualquier caso, lo único que hacemos la mayoría de nosotros es lamentarnos y morirnos de hambre. No es que te esté pidiendo que te traigas aquí tus cosas, es solo que te quedes conmigo, que duermas en mi misma habitación. Ni siquiera tenemos que dormir en la misma cama, si eso te hace sentir incómodo. Hay un sofá cama en el salón, pero…

Ellen siguió divagando, mientras sus palabras parecían cada vez más confusas. Entonces, Alan notó que ella lo estaba agarrando de la muñeca con fuerza, apretando los dedos como si fueran pinzas, hasta rodeársela por completo, lo que lo hizo sentir incómodo. *Alan Zotz y Ellen Swenson*, pensó el. Hubo un tiempo en el que habría querido grabar esos nombres en un árbol con un gran «para siempre» debajo, pero ¿qué podía decir? Se trataba de un cóctel de adrenalina, pánico y un profundo y absoluto dolor. Cuando ella se calmara, sería probable que le pidiera que se volviera a su casa. Se trataba de algo temporal. La vida era temporal, de todas formas, todos morirían de hambre en breve.

¿Por qué no hacerlo con uno de los chicos buenos?